



Consejo Económico y Social

Distr. general
9 de noviembre de 2016
Español
Original: inglés

Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

61^{er} período de sesiones

13 a 24 de marzo de 2017

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial
sobre la Mujer y del vigésimo tercer período
extraordinario de sesiones de la Asamblea
General, titulado “La mujer en el año 2000:
igualdad entre los géneros, desarrollo y paz para
el siglo XXI”

Declaración presentada por la International Federation for Family Development, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social*

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



Declaración

La International Federation for Family Development ha dedicado esfuerzos significativos a la integración de una perspectiva familiar que permita responder a los desafíos a los que se enfrenta la formulación de políticas sobre la familia. Este empoderamiento de la familia promovería políticas en los planos nacional, regional e internacional al eliminar las barreras sociales, políticas, jurídicas y económicas que impiden la participación activa de las familias en la sociedad. Este avance permitiría a las familias y a sus miembros ejercer un mayor control sobre sus recursos y sobre las decisiones que afectan a su vida, y proporcionaría instrumentos para reconocer el tiempo, el esfuerzo y el dinero que invierten en sus hijos las familias comprometidas.

En la actualidad, el sector doméstico es un aspecto importante de la actividad económica y, al no prestarle atención, se podría llegar a conclusiones erróneas acerca de los niveles de bienestar y los cambios en este. Los cálculos indican que, en los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), entre una tercera parte y la mitad de las actividades económicas importantes no se contabilizan en los métodos tradicionales para la medición del bienestar, como por ejemplo el producto interno bruto per cápita. Por lo tanto, parece que el trabajo y los cuidados no remunerados, entre los que destacan la cocina, la limpieza y la asistencia, son un aporte importante para el bienestar social cuya contribución difiere tanto entre los países como entre los hombres y las mujeres. No solo contribuyen al consumo actual de los hogares (por ejemplo, la cocina), sino también al bienestar futuro (por ejemplo, las inversiones de los padres en la crianza de los hijos) y al bienestar de la comunidad (por ejemplo, el trabajo voluntario).

Según la Profesora Diane Elson, el trabajo asistencial no remunerado se refiere a todos los servicios no remunerados facilitados dentro de un hogar a sus miembros, como el cuidado de las personas, los quehaceres domésticos y el trabajo voluntario para la comunidad. Estas actividades se consideran trabajo porque, en teoría, se puede pagar una tercera persona para que las lleve a cabo (Elson, 2000). En 2008, en una reunión del Grupo de Expertos sobre Trabajo No Remunerado, Desarrollo Económico y Bienestar Humano organizada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Diane Elson presentó un modelo de tres dimensiones interrelacionadas para incorporar la cuestión del trabajo asistencial no remunerado en la agenda de desarrollo, a saber, reconocimiento, reducción y redistribución:

- El reconocimiento significa que el trabajo asistencial no remunerado, realizado principalmente por mujeres, debe ser reconocido como trabajo y como actividad productiva. Esto implica aumentar su visibilidad para quienes se ven beneficiados por él y para los encargados de la formulación de políticas a nivel local y nacional. Para ello, es necesario recabar datos cualitativos y cuantitativos que puedan utilizar los encargados de la formulación de políticas y las organizaciones de la sociedad civil a la hora de diseñar proyectos. El reconocimiento también puede consistir en ofrecer una compensación para los trabajadores asistenciales no remunerados, en incluir a dichos trabajadores en los programas de seguridad social o en incluir el trabajo asistencial no remunerado en las estadísticas nacionales.

- La reducción del trabajo asistencial no remunerado conlleva la disminución de la carga para la persona particular (normalmente una mujer) y para la sociedad en su conjunto. De este modo, las mujeres y las niñas dispondrán de más tiempo para realizar otras actividades, como un empleo formal o la participación política. El trabajo asistencial no remunerado puede reducirse mediante la construcción de infraestructuras y la incorporación de tecnologías, como pozos que faciliten el acceso al agua potable y permitan reducir la cantidad de tiempo dedicado a recoger agua. La carga del trabajo asistencial no remunerado también puede reducirse mediante el aumento de los servicios públicos, como por ejemplo los dedicados al cuidado del niño.
- La redistribución del trabajo asistencial no remunerado para repartir de manera más equitativa la cantidad de trabajo realizado por cada persona incluye la redistribución entre los hombres, las mujeres, los hogares, los mercados, el Estado y las organizaciones de la sociedad civil. Si bien la cantidad total de trabajo asistencial seguirá siendo la misma, se repartirán de manera más equitativa las responsabilidades, el tiempo y los recursos (Elson, 2008).

Aunque el trabajo no remunerado, y especialmente su división entre hombres y mujeres, está relacionado en cierta medida con el nivel de desarrollo del país, los datos intersectoriales indican que el impacto de los factores demográficos y de las políticas públicas tiende a ser mucho mayor. Por consiguiente, la recopilación periódica de datos sobre el empleo del tiempo puede ser de gran valor para que los organismos públicos supervisen y diseñen las políticas públicas, y puede ofrecer una visión más equilibrada del bienestar en las diferentes sociedades. En concreto, conocer cómo reparten su tiempo los ciudadanos garantiza un mejor entendimiento de la sociedad para los encargados de la formulación de políticas que se ocupan de la eficiencia y la equidad de las políticas sociales. El estudio del trabajo no remunerado para determinar los niveles de desigualdad relativa y observar la evolución de la desigualdad podría formar parte de un futuro programa de la OCDE, a medida que en los próximos años se disponga de nuevos estudios sobre el empleo del tiempo en numerosos países.

Impacto económico del trabajo no remunerado

Un estudio reciente de la OCDE señala que “no remunerado” significa que la persona que realiza la actividad no recibe remuneración; que “asistencial” significa que la actividad facilita un servicio necesario para la salud, el bienestar, el mantenimiento y la protección de alguien o de algo; y que “trabajo” implica que la actividad conlleva un esfuerzo mental o físico y que requiere una gran cantidad de tiempo (Ferrant, 2014).

El trabajo no remunerado es muy importante y podemos encontrarlo en todas las esferas de nuestro alrededor. Es fundamental para nuestras vidas y para nuestro bienestar, aunque carece en gran medida de visibilidad en las estadísticas. A pesar de que constituye la base de todas las sociedades, se percibe como una actividad de menos valor, ya que con frecuencia no se considera trabajo. Su contribución a la economía y el desarrollo sigue quedando oculta. Si se asignara un valor monetario a las tareas domésticas y al cuidado directo, representarían entre el 10% y el 39% del producto interno bruto, pero los encargados de la formulación de políticas y los legisladores no suelen reconocer ni valorar de manera adecuada estas labores. De

hecho, el bienestar suele medirse en función de los ingresos totales o de la producción per cápita, y los cambios en el bienestar en función de la correspondiente tasa de crecimiento. Sin embargo, ninguna de estas mediciones resulta totalmente adecuada cuando existe una cantidad considerable de trabajo no remunerado, ni cuando el crecimiento se produce como consecuencia de la sustitución de horas de trabajo remunerado por horas de trabajo no remunerado (Weinrobe, 2005). Además, ignorarlo podría llevarnos a conclusiones erróneas sobre los niveles del bienestar y sobre los cambios en este. Dado que las mujeres se ocupan tradicionalmente de gran parte del trabajo no remunerado, no tenerlo en cuenta supone infravalorar la contribución de las mujeres a la economía (Stiglitz, 2009).

Con el objetivo de cubrir las necesidades básicas, el suministro de artículos de primera necesidad y de las comodidades de la vida se realiza a través de una combinación de trabajo remunerado y no remunerado y de cuatro instituciones fundamentales: el mercado, el Estado, los hogares y las organizaciones no gubernamentales (sin fines de lucro). Por lo general, la contribución de cada una de estas instituciones para garantizar las necesidades materiales varía según el nivel de desarrollo económico del país y en función de la política de suministro público imperante. Ya sea de forma remunerada o no remunerada, una persona pasa aproximadamente un tercio de su tiempo trabajando.

A su vez, la medida en que una persona es capaz de obtener “bienes” y “servicios” del mercado depende de si los mercados están relativamente desarrollados, así como de la capacidad de los miembros de la familia de realizar un trabajo remunerado y obtener ingresos suficientes para hacer las compras necesarias. La pobreza económica debido al desempleo o a un salario mínimo vital precario limita el acceso a los insumos comercializados.

Además, independientemente del grado de pobreza o riqueza de un hogar, siempre es necesario dedicar cierta cantidad de tiempo a la “producción doméstica general”, es decir, a la transformación de las compras en productos finales listos para su consumo. Los hogares ricos suelen poder permitirse la contratación de servicios para reemplazar sus propias contribuciones no remuneradas a la producción doméstica general. Para ello, contratan a cocineros, jardineros o servicios de lavandería.

Por último, es posible que los hogares con ingresos limitados que no pueden adquirir estos servicios también tengan dificultades para pagar los gastos normales que conlleva tener agua corriente y electricidad en casa, utilizar el transporte público o privado o procurarse electrodomésticos de larga duración que reducen el tiempo de producción en los hogares, como cocinas eléctricas, refrigeradores o lavadoras. En el último de los casos, las familias sumamente pobres pueden vivir en asentamientos en los que se carece por completo de servicios básicos, como el saneamiento, la electrificación y el suministro de agua (Antonopoulos, 2009).

Evolución de la distribución del tiempo en los hogares

En todos los países, las mujeres se ocupan de una mayor parte de este trabajo que los hombres, aunque esta situación se ve en cierta medida equilibrada, en un porcentaje que varía dependiendo del país, por el hecho de que las mujeres trabajan

menos en el mercado (Miranda, 2011). La distribución desigual del trabajo asistencial no remunerado entre mujeres y hombres representa una vulneración de los derechos de la mujer y un freno a su empoderamiento económico. En comparación con los hombres, las mujeres suelen dedicar una cantidad de tiempo desproporcionadamente superior al trabajo asistencial no remunerado (Miranda, 2011). El tiempo es un recurso limitado que se divide entre el trabajo y el ocio, entre las actividades productivas y las reproductivas, entre el trabajo remunerado y el no remunerado. Cada minuto más que una mujer dedica al trabajo asistencial no remunerado es un minuto menos que podría utilizar para actividades relacionadas con el mercado, o que podría invertir en su educación y en su formación profesional (Ferrant, 2014).

Debido a las normas sociales marcadas por el género que consideran que el trabajo asistencial no remunerado es competencia femenina, las mujeres de distintas regiones, clases socioeconómicas y culturas dedican una parte importante del día a satisfacer las expectativas de sus funciones domésticas y reproductivas. Además, llevan a cabo actividades remuneradas, lo que genera una “doble carga” de trabajo para ellas. La forma en que la sociedad y los encargados de la formulación de políticas abordan las cuestiones relativas a la asistencia tiene importantes consecuencias para el logro de la igualdad de género, ya que puede ampliar la capacidad y las opciones de las mujeres y los hombres o confinar a las mujeres a las funciones tradicionales asociadas con la feminidad y la maternidad.

Compartir las responsabilidades del hogar

La responsabilidad compartida en el hogar puede ser el eslabón perdido que permita eliminar la brecha entre los géneros en lo relativo a los resultados del trabajo. La brecha entre los géneros en el trabajo asistencial no remunerado tiene importantes consecuencias para la capacidad de las mujeres de participar activamente en el mercado de trabajo, así como para el tipo y la calidad de las oportunidades de empleo a su disposición. Los arraigados papeles asignados al género en la sociedad, que definen a las mujeres y las niñas como proveedoras de cuidados, pueden socavar sus derechos, limitar sus oportunidades, capacidades y opciones e impedir su empoderamiento. Las normas de género imperantes hacen que, en todas las sociedades, las mujeres y las niñas se ocupen de la mayor parte del trabajo asistencial no remunerado, como el cuidado y la educación de los hijos, el cuidado de los familiares de edad, el cuidado de los enfermos, la preparación de la comida, la limpieza y la recogida de agua y combustible. Este reparto desigual de los cuidados no remunerados socava los derechos de las mujeres y las niñas (a un trabajo decente, a la educación, a la salud, al descanso y al ocio), limita sus oportunidades y, por lo tanto, impide su empoderamiento económico. Impide a las mujeres buscar empleo y obtener ingresos, lo que a su vez obstaculiza su avance económico.

La experiencia adquirida con las actividades llevadas a cabo por nuestra organización sugiere que la mayoría de los padres aspiran a compartir por igual el trabajo asistencial con su cónyuge o pareja, pero a menudo no pueden hacer realidad este deseo. Los padres necesitan tiempo para desarrollar capacidades para la crianza de los hijos, pero no lo tienen. El hecho de que los hombres no puedan tener hijos es, obviamente, un hecho biológico que no puede cambiarse. El hecho de que los

hombres no crían a sus hijos sí se puede cambiar. Las personas no nacen con un gen que les enseña todo lo que necesitan saber para ser buenos progenitores, ni las mujeres ni los hombres. Desde los primeros días y las primeras semanas después del parto, muchas mujeres (esperamos que la mayoría) tienen la oportunidad de pasar tiempo con sus hijos, lo que facilita tanto el establecimiento de vínculos con el recién nacido como el desarrollo de sus competencias como primerizas. En cambio, pocos son los hombres que tienen la oportunidad de pasar una cantidad importante de tiempo con sus hijos pequeños (Harrington, Van Deusen y Humberd, 2011).

El eslabón perdido podría ser el reparto de las responsabilidades en el hogar. Las mujeres soportan una mayor responsabilidad que los hombres en lo relativo a los cuidados no remunerados. Aunque cada vez se dispone de más pruebas sobre el papel de los padres en la vida de los niños, existen lagunas de conocimientos y la calidad de las pruebas no es siempre la misma. Si bien se ha llevado a cabo una labor coordinada para recabar pruebas sobre la influencia positiva de los padres en el desarrollo del niño y su bienestar, cabe señalar que los estudios realizados hasta la fecha se han centrado en mayor medida en los efectos negativos que tiene para los niños la ausencia de un padre o la presencia de un padre que no desempeña bien su función (Wood y Lambin, 2013). Reconocer y fomentar la responsabilidad de los padres y la contribución de los hombres a las familias, desarrollar políticas para hacer frente a la repercusión que tiene la ausencia de hombres para el bienestar de la familia y promover la paternidad activa son medidas que podrían permitir el empoderamiento económico de muchas mujeres.
